

EN UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS

Óscar Hahn

Madrid: Visor, 2006, 48 Páginas

Entre los lugares comunes de nuestra cultura nacional se encuentra la difundida creencia de que es Chile un país de poetas. No es éste el momento para poner en jaque tal afirmación. Y es que si de cuestionamientos y discusiones se trata, lo que si cabe señalar es que pocos son los que logran brindarnos una obra en la que se percibe una aguda conciencia artística. Si la poesía es —o no— un fenómeno extendido en nuestro país, sólo importa en la medida en que podamos vislumbrar en ella sellos inconfundibles. Óscar Hahn (Iquique, 1938) es uno de estos. Elogiado por Enrique Lihn como “el vero artista de la palabra”, Hahn se instala en la primera línea de la poesía en lengua española con un pensamiento poético propio. Su obra, notable y verdaderamente original, se caracteriza por un pluralismo verbal y por un perfecto equilibrio entre lucidez y pasión, tal como ha hecho notar la crítica. Es la suya, en definitiva, una poesía sin miedos, como la calificó en alguna oportunidad el poeta español Luis García Montero. Hahn,

por ejemplo, no teme incursionar en lo fantástico, terreno vedado por lo general para la poesía. Y tampoco teme ignorar la vieja y polémica querrela entre tradición y vanguardia, entre lo viejo y lo nuevo. Autor cuya consigna parece ser “buscar, reunir e integrar”, se enfrenta al quehacer literario con gran osadía: sin alzarse contra nada, pero jugando con todo. Su fin siempre es el mismo: crear una obra nueva en la que todo esté al servicio de la perfección. Y no hay duda de que lo consigue.

Desde sus primeros poemas, hace ya más de 50 años, percibimos esa maestría que lo ha llevado a destacarse tanto a nivel nacional como internacional; talento y desenvoltura que se han visto coronados en el año 2006 con la obtención del VI Premio Casa de América de Poesía Americana, por su más reciente poemario: *En un abrir y cerrar de ojos*. Es este libro un ejemplo fehaciente de la cada vez mayor pericia poética de Hahn. Y es que la suya es una carrera literaria siempre constante, pero a la vez

ascendente, fruto de ese espíritu perfeccionista que no lo abandona nunca y que se traduce en una creación depurada y pausada, en donde la incanjeabilidad de las palabras es norma y donde nada es fruto del azar.

Estamos, en esta oportunidad, ante 32 poemas que revelan la voz personalísima de su autor, una voz que parece cobrar nueva fuerza y que, por lo mismo, sorprende una vez más. Los dos grandes ejes temáticos de la poesía hahniana, amor y muerte –siempre en vínculo indisoluble–, asoman nuevamente en este libro. Pero lo hacen de un modo diferente: irrumpen acompañados de una exquisita y crítica ironía y de circunstancias referidas a hechos históricos y sociales concretos, como el atentado a las Torres Gemelas y la invasión norteamericana a Irak. El resultado es un sólido poemario con cierto aire desencantado y pesimista, en el que la voz lírica da cuenta de una sensación de crisis y fragilidad frente a la existencia. Nos lo dice en el poema “Equilibrista”: “Esa sensación / de no estar caminando en suelo firme / sino en la cuerda floja”. El hablante es consciente de la inexorabilidad y cercanía de la muerte y por ello nos dirá en el poema “Sastrería”:

“Me he probado la muerte como un traje / que por ahora me queda grande / Y tengo mucho miedo / de que mi cuerpo empiece a crecer / hasta alcanzar el tamaño de mi muerte”.

La sensación de inestabilidad y crisis que atraviesa todo el poemario se relaciona con otra de las claves del libro: la conciencia del tiempo, que puede verse claramente ya desde el título de éste. El soneto “Pañales y mortajas”, con un guiño a Quevedo, confirma esta inquietud al traernos a la palestra el viejo tópico del *tempus fugit*. Lo efímero de la existencia nos conduce, ineludiblemente, a la muerte. Como señala en “Felino”: “Se siente el tiempo deslizándose sobre la piel / como si fuera una lengua de gato / sinuosa húmeda levemente áspera / Se sienten sus agudos colmillos: / y todo lo que queda de nosotros / son los restos de un festín silencioso”. Y es la conciencia de un tiempo que se escapa la que explica también, en parte, la vivencia erótica: en el poema que cierra el libro, “Lolitas”, Eros y Tánatos se hermanan en “el reflejo de la muchacha que nos sonríe / con la guadaña en la mano”. Todo nos habla, pues, de la reconstrucción lírica de un mundo marcado por la fragilidad.

Y así como el hablante se cuestiona la precariedad de lo existente, también se cuestiona todo aquello establecido como dogma o axioma absoluto. Es, entonces, cuando tiene lugar la mirada crítica e irónica dirigida hacia la Iglesia. “Monaguillo” y “De la naturaleza de Dios” nos hablan de un poeta que no teme –recuérdese la sentencia de García Montero– la irreverencia ni lo políticamente incorrecto. Y ello, porque la autenticidad se instala en primera línea en cada uno de los poemas de Hahn. El escritor chileno da cátedra, con ello, de la fidelidad a un pensamiento propio. Y lo que podría considerarse blasfemia deviene en honestidad.

Óscar Hahn revela, a través de este poemario, un fuerte compromiso con la sociedad y con todo individuo que forma parte de ella. En especial, con todos aquellos seres inocentes e inermes frente a las atrocidades cometidas por quienes ostentan el poder. Prueba de ello son los poemas “En la tumba del soldado desconocido”, “Secretario de Estado”, “Perdí muchos hombres” y “La puerta del viaje sin retorno”. Pero no es el suyo un compromiso social circunstancial. La preocupación por el hombre y el

mundo contemporáneo, en el caso de Hahn, va más allá –mucho más allá– de la simpleza y ramplonería de la literatura comprometida con doctrinarismos pasajeros. La de Hahn es una poesía comprometida como toda gran poesía: es un arte de su tiempo y a la vez intemporal. Recordando a Terencio, podría decirse que para el poeta chileno *nada de lo humano le es ajeno y*, en consecuencia, nos brinda una poesía de irrefutable inclinación universal, que elude por completo las artimañas de lo evidente.

Rocío Rodríguez Ferrer

